

45. *Bucareli y Ursúa*.—Paseo, Montepio, Hospicio, Cuna, S. Hipólito.
46. *Martín Mayorga*.—Academia de S. Carlos. Seguridad de las costas. Peste de Viruelas.
47. *Matías Gálvez* (1783).—«Gaceta» de Valdés. Reparó el palacio de Chapultepec. Falleció en México.
48. *Bernardo de Gálvez*.—Hambre. En 1786, peste. Chapultepec. Torres de Catedral. Terremotos.
49. *Alonso Núñez de Haro y Peralta*.—Ordenanzas de intendentes. Hospital de S. Andrés.
50. *Manuel Antonio Flores*.—Mangino, superintendente de Hacienda. Elhuyar, director del Cuerpo de Minería.
51. *D. Vicente Güemes Pacheco Horcasitas*, conde de Revillagigedo. Muerte de Dongo. Justiciero, regenera la ciudad, establece el alumbrado, destierra abusos, establece economías y la cátedra de Anatomía.
52. *Marqués de Branciforte*.—Venal y pésimo gobernante. Mandó fundir la estatua de Carlos IV. En su tiempo se trasladaron los restos de Cortés de S. Francisco á Jesús Nazareno.
53. *Miguel J. Azanza*.—Conspiración de los machetes.
54. *D. Félix Berenguer de Marquina* (1800).—Conspiración de Tepic.
55. *D. José Iturrigaray*.—Sucesos de España. Su prisión.
56. *D. Pedro Garibay*, Mariscal de Campo (1808).
57. *D. Francisco J. Lizana*.—Préstamo de 20 millones. Conspiración de Valladolid.
58. *Venegas*.—Grito de Dolores.
59. *Calleja del Rey*.—Decae la insurrección.
60. *Apodaca*.—Aparece Mina.
61. Último virey.—Hace los tratados de Córdoba.

LECCION VIGESIMA

CASA DE BORBON.—GUERRA DE INDEPENDENCIA.—VIREYES DE LA NUEVA ESPAÑA

Conducta del Virey Lizana.—Conspiración de Valladolid.—Gobierno de la Real Audiencia (8 á 14 de Mayo de 1810).—Venegas, 58° virey.—Grito de Dolores.—San Miguel el Grande.—Granaditas, saqueo.

En circunstancias bien difíciles se encargaba del poder el Sr. Arzobispo Lizana; la autoridad vireinal habia recibido un terrible golpe con la prisión de Iturrigaray. Los españoles serviles, más que nunca soberbios con sus triunfos, tenían exigencias violentas y aspiraban á que el virey fuese instrumento de sus pasiones; el Partido de Fernando VII conspiraba, y sus combinaciones se ocultaban en claustros y palacios.

En Valladolid germinó la idea de independencia con los Lics. Michelena, Soto y el Capitán García Obeso, descubiertos y puestos en libertad con prudencia política. Los criollos, amigos de la independencia, se aleccionaban y aprovechaban las oportunidades para sus planes. El virey tomó el partido de los oprimidos, oponiéndose á toda persecución injusta. Esto descontentó á los españoles, que procuraron su remoción y la lograron, aunque encubriéndose el desaire con enviarle al Arzobispo la cruz de Carlos III.

En el intervalo de seis dias que quedó vacante el vireinato, entró á gobernar la Audiencia. Este cuerpo influyente dió nueva organizacion á sus trabajos para expeditarlos y creó una Junta de seguridad para juzgar reos políticos, quitando el conocimiento de estas causas al odior Blaya que se habia hecho odioso por su suspicacia y crueldad.

El decreto de un préstamo de veinte millones de pesos y los preparativos para hacerlo efectivo, acabaron por exasperar los animos y exacerbar el odio de los criollos contra sus dominadores.

Bajo tan tristes auspicios, tomó posesión del mando el nuevo

virey D. Francisco Javier Venegas, jefe del ejército español que en la última guerra se había dado á conocer con poca fortuna.

Como era natural, el nuevo virey fué objeto de temores y esperanzas, y trataron de atraerlo á sí los diversos partidos en que estaba dividido el país.

En el camino de Veracruz á México tuvo conocimiento, aunque confuso, de la revolución que había estallado en Dolores.

No bien tomó posesión del mando, previas las ceremonias de estilo, convocó una Junta de personas las más notables, que tuvo por objeto la lectura de la proclama de la Regencia que motivó el préstamo, y la mención de los premios concedidos á los que promovieron y llevaron á cabo la disposición de Iturrigaray. En los momentos en que se celebraba esta Junta, el grito de guerra se escuchaba en las montañas de Guanajuato, anunciando al mundo los primeros síntomas de vida de la independencia nacional. Busquemos y contemplemos en su origen esta gloriosa insurrección.

Entre las ramificaciones de la conspiración de Valladolid en que indudablemente figuraba el Sr. Hidalgo, se contaba Querétaro, con su corregidor D. Miguel Domínguez y la Sra. D^a Josefa Ortiz, que contando con la tolerancia debida á su sexo, protegía con ardor á los amigos de la independencia.

Los capitanes del Regimiento de la Reina, Ayende y Abasolo, el Lic. Aldama y D. Joaquín Arias, residentes en S. Miguel el Grande los dos primeros, y los últimos en Dolores y sus inmediaciones, se correspondían con los conspiradores de Querétaro, que celebraban sus reuniones con pretexto de Juntas literarias. Algunos afirman que el Sr. Hidalgo no se decidía por que estallase el movimiento, haciéndolo aparecer como secundario en estas primeras tentativas; pero semejante supuesto, no es creíble por la importancia real del Cura Hidalgo, por la altura de su civilización y de sus dotes, por la influencia que le concedieron los que se consideraron como sus enemigos en primer término, y porque á él y á sus planes se refirieron sus amigos y enemigos, ya para confesarse sus cómplices, ya para acriminarlo.

No se han fijado bastante en los celos que había despertado Hidalgo, ni en la vigilancia y amonestaciones de la Inquisición, ni en los encargos obtenidos á pesar de esas sospechas. Esto era más sensible que su conducta en su cura to: dulce y humano, propagando entre los indíginas el cultivo de la vid, la fabricación de loza, etc., que suponen cierta educación y cierto orden de ideas excepcionales en aquel tiempo, y por último, el irreprochable juicio de Riaño, que dió suma importancia á la revolución luego que supo que Hidalgo la dirigía.

Nació D. Miguel Hidalgo y Costilla en 8 de Mayo de 1753 en el Rancho de S. Vicente de Cuitzeo de los Naranjos, de la provincia de Guanajuato; hizo sus estudios con bastante aprovechamiento, y despues de haber servido varios puestos honrosos, desempeñaba el cargo de Cura de Dolores.

Relacionóse con Allende, Abasolo y Aldama; hizo entrar en sus confianzas á Garrido, sargento influyente entre sus soldados, y considerado como director del futuro movimiento, estaba en acecho de un momento que fuese propicio.

D. Joaquín Arias, sobrecojido de temor, denunció la conspiración; lo habian hecho sin duda algunas otras personas, como D. Mariano Galván, empleado en el correo, y otros. Alarmados los corregidores de tal publicidad, porque al fin eran cómplices, dieron parte al virey; pero la Sra. Ortiz envió un expreso á Allende y Aldama, los que sin pérdida de momento se dirigieron al Cura Hidalgo. Entre las varias delaciones la más importante y la que yo tengo por decisiva, fué la del alcalde ordinario de Querétaro, D. Juan Ochoa, quien menciona á los conspiradores Altamirano, Lazo de la Vega, Capitán Arias y otros, poniendo á Hidalgo en primer término como autor y alma de la Independencia, por más que las malas pasiones le hayan querido quitar esos títulos indisputables.

En cuanto á los mandarines de México, creyeron, como es de rutina en todos los gobernantes tiranos y estúpidos, que con el empleo de la fuerza y algunas prisiones todo quedaba concluido.

La noticia enviada por la Sra. Domínguez llegó á Aldama, porque Allende estaba en Dolores. Corrió á dicho punto,

donde llegó el 16 á las dos de la mañana; habló con Hidalgo y con Allende, diciendo el primero sin un momento de vacilación: «No queda más remedio que ir á coger gachupines;» y resolvió en aquel instante, con la expectativa de un sacrificio heroico y confiriéndose él, y solo él, el título de padre de la Independencia, levantar el estandarte de la revolución.

Dirigióse á la cárcel, libertó á los reos, se rodeó de serenos y de algunos infelices, y habló en aquella reunión de los avances de los franceses, del mal gobierno y de todo lo que creyó conveniente para exaltar los ánimos, vitoreándose la independencia, á la Virgen de Guadalupe, á Fernando VII, y gritándose muera á los gachupines y *muera el mal gobierno*.

Lo estupendo del suceso, la hora, el toque de campanas, algunas antorchas que se encendieron, y las explosiones de ira ó regocijo, trajeron el desorden, el saqueo á algunas casas de españoles, y la confusión consiguiente.

Rodeado de una multitud tumultuosa, ébria de júbilo, mal armada con hondas, palos, machetes y fusiles, se dirigió en triunfo á S. Miguel el Grande, con sus compañeros, adonde llegó al anochecer del 16.

Despoblábanse las Rancherías; peones, niños, mujeres, ancianos, á pié, á caballo en mulas y en asnos, todos seguían en tropel á los caudillos del pueblo gritando vivas, desfogando cóleras, prorrumpiendo en desahogos no para explicados, contra la dominación española y á favor de Fernando VII; en una palabra, todos los delirios de la venganza, el fanatismo y la barbarie, y todos los instintos de la libertad y del derecho.

Verificáronse en S. Miguel algunas prisiones de españoles, uniéndose á Hidalgo allí el Regimiento de la Reina, de que eran capitanes Allende, Aldama y Abasolo, y partió para Celaya dirección á Guanajuato.

En Atotonilco tomó de la sacristía un lienzo con la Virgen de Guadalupe, que estaba en un cuadro, y al vitoriarla, el pueblo completó el grito de «¡Viva la Virgen de Guadalupe y muéran los gachupines!» como la fórmula de los sentimientos más prominentes en aquella multitud, el fanatismo y la venganza.

En Celaya fué proclamado el Sr. Hidalgo capitán general de América.

La Intendencia de Guanajuato estaba mandada por Riaño, hombre caballeroso y leal, firme, y modelo de altas virtudes.

Riaño, al saber el movimiento de Dolores y que Hidalgo lo acaudillaba, le dió suma importancia, y así lo escribió á Calleja.

El 28 de Setiembre recibió la intimación de Hidalgo para que se rindiese Guanajuato.

Antes habia deliberado sobre el punto en que debería hacer resistencia, y resolvió encerrarse con familias, tesoros y elementos de guerra en la Alhóndiga de Granaditas, vasto edificio cuadrado y sin defensa, dominado por altas laderas de montañas, muy inadecuado para la resistencia.

A los enviados de Hidalgo, Abasolo y Camargo, el intendente contestó con suma entereza, y el ejército insurgente voló sobre Guanajuato.

Aquel tropel inmenso, aquellas chusmas de indios y mestizos desarmados, rancheros decididos, niños, mujeres, etc., etc., se precipitaron como torrente, inundaron caminos y plazas, hormigearon en barrancos y alturas, ciñeron, anegaron en gente los alrededores de Granaditas.

El mayor D. Diego Berzábal, el Sr. Lic. Valdés y otros esforzados realistas sostuvieron los primeros choques.

Metralla, piedras, fuego, rabia y frenesí se desataron por todas partes, sucumbiendo el noble intendente Riaño en su puesto y como un héroe.

Un hombre oscurísimo del pueblo, llamado por apodo *Pipila*, en lo más encarnizado de la refriega se puso una loza en la espalda, empuñó una tea é incendió la puerta de la Alhóndiga; el fuego derramó sus llamas sobre el edificio, y aumentó el terror.

La carnicería fué espantosa. Riaño murió en la acción dando ejemplo de honor y de bravura. Los indios se vengaban en Granaditas, de la conquista; parecía que veían entre las llamas á Pedro de Alvarado y á Nuño de Guzmán.

El saqueo, la muerte y toda clase de horrores se desencadenaron sobre Guanajuato.

La Virgen de Guadalupe y la de los Remedios venían á recordar, como dice Zavala, la guerra de los dioses.

Hidalgo llegó victorioso á la vista de Santa Fe, emprendiendo en seguida su retirada para el Interior, lo que en concepto de muchos equivalió á derrotarse, aumentando la desmoralización de su tropa y privándose de cuantiosos recursos, porque su entrada á México podría haber sido indefectible.

Los que defienden la conducta de Hidalgo, alegan la completa desmoralización de sus tropas, los grandes elementos que quedaban en México para una resistencia invencible, el inminente peligro de poner á sus fuerzas entre los fuegos de la plaza de México y los de Calleja y Flon que venían en su seguiminto, y los errores, dado caso de penetrar en la ciudad, á que podían entregarse aquellas hordas, sedientas de riqueza y de venganza.

Contra la opinión de Allende y sembrando la discordia de pareceres gérmenes funestísimos de descontento, tomó Hidalgo el camino de Tierradentro que traían Calleja y Flon, avisándose las fuerzas cerca de Arroyozarco: Calleja, previsivo y con sus fuerzas disciplinadas y escogidas, se situó dividiéndose á la derecha en campo adecuado, y esperó á Hidalgo, porque veía las vacilaciones de sus tropas y temía por el éxito.

Los caudillos insurgentes, sin freno, plan ni disciplina, se lanzaron en tumulto sobre los enemigos en los llanos de Aculco, procurándose con su desorden una derrota que exageró, mintiendo, el jefe español, siendo así que más fué dispersión, porque sólo quedaron 85 muertos en el campo de batalla.

Calleja obtuvo con la victoria riquísimo botín y restableció la moral en México, haciendo más insolente al poder y arraigando la creencia estúpida de que, á fuerza de escarmientos y de sangre, se desbaratan las revoluciones de la opinión. En Aculco recobraron su libertad el conde de la Cadena, García Conde, y el intendente de Valladolid.

Allende, separado de Hidalgo, se retiró á Guanajuato, é Hidalgo, con algunos fugitivos, tomó el camino de Valladolid.

Calleja hacía entretanto, su entrada triunfal en Querétaro.

Mientras pasaban los acontecimientos que acabamos de re-

ferir, José Antonio Torres, hijo de San Pedro Piedragorda y mayordomo de una de las haciendas de Guanajuato, aparecía en la Barca y otros pueblos de Morelia levantando la bandera de la independencia.

Torres era hombre excelentemente dotado para la empresa que acometía. De talento natural despejadísimo, valiente hasta lo inverosímil, y pródigo, recto y lleno de magnánimos instintos.

Con el auxilio de los patriotas Gómez Portugal, Godinez, Alatorre y Huidobro, levantó un ejército de más de doce mil hombres, morigerados, aunque inexpertos, y con ellos derrotó las fuerzas que mandó en su persecución D. Roque de Abarca, entrando por fin victorioso en Guadalajara el 11 de Noviembre, de donde huyeron despavoridos los próceres del vireinato. Con motivo del levantamiento de Torres, el Obispo Cabañas, crió una falange ciérico-militar de cuya crónica se encargó el ridículo.

En la Barca y Zacoalco logró Torres dos victorias espléndidas.

D. José María Mercado, cura de Ahuahulco, declarado insurgente, se apoderaba de Tepic.

Al esparcirse en Zacatecas la noticia del levantamiento de Dolores D. José Rendón, que era el intendente, quiso hacer resistencia; consultó, y la Junta convocada, opinó en sentido opuesto; entonces se apeló á la fuga; la plebe, insurreccionada, se opuso á la marcha; entonces el conde de Santiago, vecino respetable por su posición y riqueza, se propuso acompañar á Rendón, pero fué nombrado intendente y lo dejó partir.

D. Rafaél Iriarte, insurgente perverso, amagó á Zacatecas y se comisionó al Dr. Cos, que despues hizo papel tan brillante entre los patriotas, para que conferenciase con él; pero Cos no volvió, y quedó de hecho la provincia al arbitrio de Iriarte.

En S. Luis Potosí, dos legos de S. Juan de Dios, Herrera y Blancas, y un oficial oscuro, tomaron por su cuenta la causa de Dolores, sorprendieron la guardia que custodiaba el convento del Cármen, armaron á los presos de la carcel, se apoderaron de todos los puntos fortificados á pesar de la heroica

defensa de D. Toribio Cortina, comandante de artillería, y triunfaron por todas partes.

Como hemos indicado, después de la derrota de Aculco y disimulando sus enojos nacidos de los diversos planes militares, Hidalgo se decidió á marchar para Valladolid, y Allende, dándole mayor importancia á Guanajuato, corrió á su defensa, empleando asombrosa actividad, dando disposiciones las más eficaces para resistir al enemigo, levantando trincheras, colocando la artillería convenientemente, abriendo minas para que volaran las fuerzas de Calleja á la entrada de Guanajuato, sin descuidar la parte moral; apelando á rogativas y procesiones, sermones y prácticas piadosas, y por último á pesar de las invencibles dificultades de la fortificación de la Ciudad, distribuyendo su fuerza con tino y pericia.

Pero lo más conspicuo de esta situación fué la instancia vehemente de Allende á Hidalgo para que acudiese á su auxilio, situándose á la retaguardia de Calleja, distrayéndolo y debilitándolo hasta hacer segura su derrota, si emprendía formalmente la toma de Guanajuato.

El encarecimiento de las operaciones que exigía Allende, su congoja por el silencio que guardaba Hidalgo, la repetición de sus cartas haciéndole presente la frustración de todos sus esfuerzos, el despecho de los pueblos sacrificados á una inercia que no podía tener por móvil sino intereses personales, hacen de las cartas de Allende una muy seria acusación en contra de Hidalgo en aquellas críticas circunstancias.

Entregado Allende á sus propias fuerzas y á la voluble cooperación de la plebe, no desmayó un punto en el propósito de vencer ó morir en la demanda.

Calleja no tuvo obstáculo alguno en su marcha hasta llegar á la entrada de Guanajuato, donde se informó de que en la tarde del día anterior un negro llamado Lino, convocó á la plebe sin que se le pudiese contener, atizó su ira, irritó hasta el frenesí su venganza, rompió las puertas de la Alhóndiga de Granaditas, invadió las bodegas interiores en que estaban refugiadas familias enteras, compuestas de ancianos, mujeres y niños y como manada de tigres feroces, como hienas sedientas de sangre, se avalanzaron á aquel conjunto inerme de desgraciados, puñal en mano, despedazando sus miembros, des-

garrándolos, regando sus entrañas por los suelos, persiguiendo á los que querían escapar malheridos, consumando horrores que la pluma se resiste á pormenorizar.

Algún tiempo después, en las paredes de la principal de las bodegas de la Alhóndiga, se veían estampadas las manos de los que huían desangrándose y rastros de sangre de los que se rozaban agonizantes contra la pared.

Todo esto lo supo Calleja y además que el camino estaba minado, por lo cual ordenó al Conde de la Cadena tomase un camino y entrase tocando degüello; lo mismo verificó Calleja por opuesto lado, sucediéndose combates á cual más terribles y encarnizados, haciéndose comunes los actos heroicos de los combatientes de ambos mandos, hasta convertirse el delirio en dominador y la matanza en propia de la naturaleza de aquellas fieras.

Allende, después de agotados sus esfuerzos, se retiró á las dos de la tarde del 15 de Noviembre del campo de batalla y la lucha continuó no obstante, hasta la llegada de la noche, quedando la ciudad entregada al asesinato, con el refinamiento de la barbarie.

En el degüello espantoso que continuó sin cesar, parece que las fuerzas de Calleja se rendían á su ejercicio de verdugos; pero Flon continuaba hasta que el santo é ilustre padre Fray José de Jesús Belaunzarán, en medio del tumulto detuvo su caballo y con un crucifijo en la mano, en nombre del Altísimo le ordenó con acento enérgico que se suspendiese aquella horrible carnicería.

Posesionado Calleja de Guanajuato, continuaron las ejecuciones en pelotón y desórden mandadas por Flon en Granaditas y que fueron al extremo de tener que desembarazar varias veces el sitio de los fusilamientos, de los miembros despedazados, de los cráneos divididos y de las entrañas que se estuvieron sacando en bateas constantemente para que pudiese seguir la matanza.

Quedaron caracterizados y con estigma de maldición eterna Flon y Calleja, que por no dejar añadió la nota de mala versación á su sangrienta hoja de servicios.

Hidalgo habia permanecido en Valladolid, donde dió disposiciones de gobierno, y sabedor de la conducta de Calleja en